

## VI

# LAS ESTELAS EN EL MARCO DE LA INTENSIFICACION DE CONTACTOS COMERCIALES DURANTE EL BRONCE FINAL EN EL OCCIDENTE PENINSULAR.

## I. ASPECTOS GENERALES

### INTRODUCCION

La Península Ibérica, por su posición geográfica y sus características regionales, está estratégicamente situada entre el Mundo Atlántico y el Mediterráneo, entre dos redes comerciales muy activas y desarrolladas que en este período están en pleno apogeo.

Reducido a su justa medida el impacto centroeuropeo de los Campos de Urnas (Ruiz Zapatero, 1985), prácticamente todos los autores que se han ocupado de las estelas en los últimos tiempos han destacado, de acuerdo con su planteamiento particular, la presencia de esas dos corrientes que, por vía fundamentalmente marítima, estarían influyendo en la región.

Por su parte, la localización geográfica de las estelas plantea un problema importante a la hora de buscar una explicación al conjunto del fenómeno. En efecto los hallazgos se concentran en tierras del interior peninsular, allí donde las pruebas de comercio de uno u otro signo se van haciendo cada vez más escasas hasta desaparecer. Esta localización secundaria respecto a las áreas litorales, que lógicamente serían las primeras receptoras de cualquier flujo comercial externo, debe ser explicada satisfactoriamente.

Por ello hemos de plantearnos, antes de analizar el registro arqueológico del Bronce Final en el Suroeste las bases sobre las que se asentaban esos intercambios que permitieron a las élites locales abastecerse, o al menos conocer, toda una gama de productos foráneos que hemos de entender fundamentalmente como objetos de prestigio.

El planteamiento de esta cuestión puede desarrollarse sobre tres ejes explicativos:

1. La definición de cuáles son aquellos elementos que permiten que se produzca la intensificación de contactos durante el Bronce Final.
2. La caracterización del sustrato indígena que va a recibir el flujo comercial, siendo fundamental entender por qué determinados objetos parecen tener aceptación en su seno mientras otros no la tienen.
3. Mostrar a través de qué vías y mecanismos llegan esos elementos de comercio, es decir, si la llegada de los mismos desde el Atlántico y el Mediterráneo se produce a través de los mismos cauces y con similares formas de

actuación o, por el contrario, hay que plantear diferencias significativas entre ambas corrientes.

A todo ello subyace la dualidad teórica existente en el campo de estudio de la economía en general, y el comercio en particular, en la Prehistoria y la Antigüedad entre sustantivistas y formalistas (Dalton, 1975; Aubet, 1987; Samson, 1991), cuyos planteamientos a la hora de enfocar y resolver este tema son completamente distintos.

### LA NOVEDAD DE UNA EPOCA

Para diversos autores el Bronce Final supone en Europa un momento de gran intensificación en muy diversos aspectos, de los que el comercio a larga distancia es el más llamativo y uno de los más destacados arqueológicamente, pero quizás no el más importante habida cuenta nuestro desconocimiento del desarrollo interno de gran parte del continente (véanse los capítulos introductorios de Brun, 1987; Wells, 1988 y Collis, 1989).

Como hemos visto los *patrones de asentamiento* están cambiando, tendiéndose a una mayor estabilidad de los lugares de habitación sobre el mismo lugar, algo que en regiones como el Sureste peninsular ya se había conseguido antes, pero que en la mayor parte del territorio, y principalmente en la fachada atlántica y en el Suroeste es apreciable sólo ahora (Ruiz-Gálvez, 1991: 278-82). Algunas regiones como el Norte de Portugal o la Baja Andalucía conservarán dicha estabilidad en épocas posteriores, en tanto otras, como el Sur de Portugal, sólo lo harán episódicamente y hasta la Edad del Hierro no lograrán alcanzarla plenamente.

Los análisis polínicos, aunque muy irregularmente distribuidos, indican con claridad la mayor incidencia a partir de este momento de la *acción humana sobre el medio* que le rodea, fundamentalmente a través de la deforestación y roturación de tierras (Figueiral, 1990: 107-12). Igualmente contamos con evidencias de la introducción de mejoras técnicas que ayudan a conservar la productividad de la tierra, como el haba (*Vicia faba* L.) (Ruiz-Gálvez, 1992a).

Por otro lado todos estos cambios en el aprovechamiento del medio deben haber influido en la *configura-*

*ción social* de los grupos del Occidente peninsular, apareciendo tendencias hacia una mayor jerarquización y control de la tierra, una de cuyas muestras más evidentes siempre han parecido constituir la las estelas de guerrero. El asentamiento más estable, tal vez producido por las mejoras técnicas en el proceso de mantenimiento de la fertilidad de la tierra y la roturación de otras nuevas sólo pudo hacerse con un control más efectivo del territorio, que a nivel social se traduce en un énfasis en el realce y representación de la figura del guerrero (*Ibidem*).

En cualquier caso los análisis son aún escasos para dar validez general al modelo y no permiten explicar con claridad las causas que produjeron este fenómeno de aparentemente súbita intensificación a todos los niveles.

En el área atlántica *la metalurgia*, por ejemplo, evoluciona en estos momentos finales de la Edad del Bronce más que en cualquier otro período. Tanto el enorme incremento en el volumen y variedad de objetos hallados y la incorporación de nuevas zonas a su uso como la generalización de las aleaciones binarias y ternarias, son aspectos de esa evolución. Sin embargo, carecemos de datos fiables sobre su volumen total y la distribución por regiones, por lo que se hace difícil cuantificar su peso real en la economía de estos grupos.

En un ámbito diferente, otras innovaciones importantes parecen referirse al campo de *la navegación*, siendo ahora cuando empezamos a tener indicios de un paso más o menos frecuente del Estrecho de Gibraltar, muy posiblemente en ambas direcciones (Ruiz-Gálvez, 1986; Almagro Gorbea, 1988; Alvar, 1988; Martín de la Cruz, 1988), con todas las dificultades que comporta (Gasull, 1986; Aubet, 1987).

Así pues, hay que concluir que la intensificación comercial que detectamos en este período corresponde a un proceso más amplio y complejo que la simple extensión de redes comerciales de signo atlántico o mediterráneo.

## EL MUNDO INDIGENA COMO RECEPTOR

La organización interna de las sociedades indígenas del Suroeste nos es prácticamente desconocida. A la falta de datos sobre núcleos de hábitat se une la carencia de un registro funerario, en el sentido clásico del concepto.

Usando la clasificación evolucionista de Service (1990) parece que pudiéramos encontrarnos ante sociedades que responderían al tipo de jefaturas, sin que nos sea posible matizar si en este período se hallarían en un estadio incipiente de desarrollo, con la aparición de bigmen (Harris, 1989) o quizás los personajes emprendedores de Wells (1989), o por el contrario habrían alcanzado ya un cierto grado de complejidad.

La existencia de jerarquización social la muestra la presencia, masiva en el registro arqueológico del Suroeste de elementos suntuarios y de prestigio, que obviamente no estaban al alcance de todos los miembros de la sociedad. Los patrones de deposición de estos materiales reflejan frecuentemente destrucciones o amorti-

zaciones intencionadas de riqueza (Bradley, 1982), fundamentalmente metálica, como es el caso de las armas arrojadas a las aguas (Ruiz-Gálvez, 1982; Bradley, 1990).

Quede bien claro que esta asunción de un modelo social organizado como jefatura deja de lado buena parte de los problemas de definición antropológica de ésta y se hace únicamente a título general como forma de caracterizar con un término comúnmente aceptado a estos grupos del Bronce Final del Suroeste, permitiéndonos así paralelizarlos con lo que se ha supuesto ocurre en el resto de Europa Occidental y Central (Rowlands, 1980) y sin pretender dar por válido el modelo evolucionista de Service en su totalidad, ni establecer implicaciones de obligado cumplimiento para admitir o no tal denominación. En efecto, establecer un límite claro entre los estadios de desarrollo propuestos por este autor, aun entendiéndolos como herramientas de trabajo más que como niveles reales de complejidad social, nos es prácticamente imposible.

En cierto modo, como ya vimos, las estelas pueden sustentar la idea de grupos que ocupan territorios de cierta magnitud, y que en algunos casos presentan una organización interna coherente con una estructura jerarquizada dentro de la élite, plasmada en el espacio controlado por el grupo y que por tanto puede leerse como un índice de complejidad dentro de estas jefaturas (véase capítulo III, fig. 6).

En su reciente interpretación sobre las estelas, Barceló (1989: 205) ha insistido en la idea, por demás tradicional, de que es la explotación de las riquezas mineras, y fundamentalmente, el estaño, lo que provoca un cambio de la sociedad hacia una mayor jerarquización, a partir de unas desigualdades previas que ya son visibles en las complejas necrópolis del Bronce Pleno del Suroeste y en la aparición sobre algunas de las cistas de las losas alemejanas (Almagro, 1966; Schubart, 1975). Schauer ya había relacionado el ámbito de dispersión de las estelas con los afloramientos metálicos del occidente peninsular, y en ello le siguen Júdice (1988) y Burgess (1991), entre otros.

El problema, como hemos comentado anteriormente es que al referirnos a la metalurgia no estamos en condiciones de medir su peso real sobre el conjunto de la economía, y sobre todo esta explicación falla en la falta de coincidencia del fenómeno de las estelas con los grandes focos mineros, Huelva y el Noroeste, donde tales representaciones son, hasta donde hoy sabemos, desconocidas.

En cualquier caso, las estelas han de ser vistas como un claro indicio de jerarquización, se exprese ésta a través de la representación de elementos de prestigio de origen atlántico o mediterráneo. Más discutible es, en mi opinión, que además permitan ver una evolución cronológica en ese proceso de jerarquización, en relación con la llegada escalonada de materiales orientales en momentos precoloniales, según la idea reiteradamente expuesta por Almagro Gorbea (1983; 1989 y 1990).

En este esquema, lo único que podemos aceptar como punto de partida es que al menos determinados objetos de origen foráneo, y hemos de suponer que algunas ideas asociadas con ellos, son ahora conocidos y va-

lorados por las élites del Suroeste. Si las poblaciones del interior peninsular discriminaban claramente la procedencia de los objetos e ideas que se plasman en las estelas es algo que se nos escapa.

En cualquier caso parece claro que sólo objetos muy determinados por su utilidad, significado y posiblemente también volumen, traspasaron durante el Bronce Final la barrera, más cultural que física, entre el Atlántico y el Mediterráneo, pues desde varios siglos antes materiales orientales están llegando a Cerdeña (Lo Schiavo, MacNamara y Vagnétti, 1985), cuyo comercio con la Península está sobradamente atestiguado (Ruiz-Gálvez, 1986; Lo Schiavo, 1991), y sin embargo no llegan hasta el Extremo Occidente. Pienso que Sherratt (e.p.) tiene razón cuando opina que durante la Edad del Bronce el límite de la Periferia mediterránea estuvo situado en tierras sardas, y que más al Oeste, Europa vivió al margen genéricamente de los procesos e innovaciones ocurridos en Oriente. Pero para comprender este aspecto en profundidad hay que analizar primero las formas en que los intercambios se llevaban a cabo durante la Edad del Bronce y las diferencias entre Europa y el Mediterráneo que por entonces ya empezaban a manifestarse.

## LA ORGANIZACIÓN DE LOS INTERCAMBIOS EN PREHISTORIA

Fuera del ámbito de las actividades de subsistencia, de las que ya hemos hablado, la obtención de productos ajenos por intercambio exige una consideración teórica de partida sobre el tipo de economía practicado por estas sociedades.

Dos perspectivas diferentes han sido habitualmente utilizadas a la hora de realizar esa caracterización:

1. Por un lado de considerar que tales intercambios se producirían de forma similar a como sucede en nuestros días, es decir, la existencia de una economía de mercado, en la que la oferta y la demanda de un determinado producto son las que fijan su cotización en cada momento y el objetivo final es la obtención de una ganancia por parte del vendedor y la satisfacción de una necesidad, real o provocada, del comprador (Tortella, 1986: 5-6 y 12-20). Esta es, en suma, la postura defendida por la *escuela formalista*.

2. Por otro, entender que nuestra concepción actual de la economía nace con el mundo capitalista en la Edad Moderna y especialmente a partir de la Revolución Industrial, y que tales categorías no son válidas para analizar sociedades anteriores. Habría, pues, que interpretar la economía de dichas sociedades desde otro punto de vista y crear categorías nuevas, a partir de la información proporcionada por la antropología, expresamente concebidas a tal fin. La *escuela sustantivista* es la defensora de este parecer (Polanyi y otros, 1976; Dalton, 1975).

Mientras que la primera opción se apoya en nuestra experiencia empírica actual, la segunda propone una reflexión sobre el concepto de economía y su papel en el

seno de las sociedades antiguas, aunque su interés en la diferenciación lleve a negar en ocasiones comportamientos económicos en esas sociedades que poco o nada difieren de los actuales (Aubert, 1987: 119).

La visión global obtenida por los sustantivistas de las economías antiguas puede resumirse en una serie de puntos:

1. No son economías de mercado, es decir, la ley de la oferta y la demanda no es aplicable en ellas.
2. El comercio antiguo no busca la obtención de ganancias, sino que se realiza dentro de la esfera de las relaciones sociales o políticas, buscando satisfacer necesidades mutuas.
3. La evolución de los sistemas sociales está reflejada también en el ámbito del comercio. Siguiendo el esquema clásico de Service, a las sociedades tribales habría correspondido un comercio recíproco, con matices según el grado de lejanía social de los implicados, a las jefaturas un comercio redistributivo y a los estados un comercio de mercado (Sahlins, 1977).

La perspectiva sustantivista es la que subyace a las denominadas economías de bienes de prestigio, que tanto éxito han tenido en su aplicación a la Edad del Hierro centroeuropea (Frankenstein y Rowlands, 1978; Brun, 1987; Ruiz Zapatero, 1989).

En gran medida la teoría de la escuela sustantivista está basada en el trabajo antropológico de Marcel Mauss (1971 [1923-1924]) sobre el valor de los dones en las sociedades primitivas. Según Mauss el regalo era una forma de establecimiento de relaciones entre personas o grupos que trascendía lo meramente material y servía para crear obligaciones sociales, con connotaciones igualmente mágicas y morales en las sociedades primitivas.

Pero el propio Mauss también hacía diferencias entre las diversas esferas económicas presentes en cada sociedad, en las que el don formaba parte sólo de las superiores. Así, en el caso paradigmático del comercio *kula* (Malinowski, 1973), Mauss recordaba su carácter noble, reservado a los jefes y netamente distinto del *gimwali*, comercio paralelo de mercancías útiles en el que se llevaba a cabo un feroz regateo (1971: 180-1).

En sus conclusiones destacaba que los dones no son libres ni realmente desinteresados, sino mayoritariamente contraprestaciones (*Ibidem*: 254). El interés y el desinterés van parejos en esta forma de circulación de la riqueza o de sus signos y los actos de grandeza tienen una carga implícita de egoísmo, además de la vertiente práctica de subordinar a aquéllos que los reciben (*Ibidem*: 255).

Tal vez no existen ciertos mecanismos económicos que podemos reputar como capitalistas, pero en cierto modo la ganancia es una noción implícita en este intercambio recíproco, y aún más acusadamente en los procesos de redistribución.

De hecho, dentro de las categorías de la reciprocidad definidas por Sahlins (1977), juega un importante papel la distancia social de los implicados (véase Bradley, 1985), hasta tal punto que la reciprocidad deja de ser necesaria al salir del umbral del grupo amplio al que se

pertenece, es decir, que la reciprocidad negativa no es sino una forma de dar cabida al comercio con beneficios en el esquema creado, legitimándose en tanto no afecte a la estructura interna del grupo.

Dicho de otra forma, la dualidad entre sustantivistas y formalistas respecto a las sociedades prehistóricas parece residir más en el intento de explicación total del fenómeno económico que en un estudio detenido de sus partes constitutivas, y ambas perspectivas conviven de hecho en todos los casos que podamos pensar.

Así pues, el problema del intercambio en las sociedades prehistóricas tiene un buen enfoque desde la consideración de las diferentes esferas de intercambio que están actuando a la vez en el seno de una misma sociedad y en su relación con las sociedades vecinas. Recientemente Piot (1991), siguiendo las teorías de Bohannan, ha estudiado su funcionamiento entre los Kabre de Togo (Africa Occidental) obteniendo un interesante resultado. En suma, la propuesta de esta autor es la de considerar que en las sociedades primitivas, entendiéndose por tales las no capitalistas, los objetos tienen tanto valor intrínseco como relacional, es decir, social y por ello han de ser considerados en el contexto en que se intercambian, pues aunque se trate de los mismos objetos su valor es diferente según las circunstancias (Piot, 1991: 410).

En el lenguaje de los Kabre, la sucesión de intercambios a cada vez mayor nivel acaba creando una *ikpanture* (Amistad) entre los participantes en los intercambios y sus familias y linajes, que se implican paulatinamente en el desarrollo de la relación, de tal manera que lo que habitualmente comienza como una transacción comercial acaba transformándose en una relación social, e incluso de parentesco.

De esta forma propone el autor la existencia de tres niveles o esferas diferentes de intercambio en el seno de la sociedad que estudia:

— *Esfera Inferior o de la Comida*, en el que las relaciones son personales y privadas, implicando únicamente a los dos individuos que realizan una transacción, tanto si se realiza para satisfacer la necesidad de uno de ellos como si ésta es mutua. El retorno es idéntico e inmediato, pero el solicitante de la transacción queda deudor del que la acepta a petición suya. La conversión constante de objetos en relaciones sociales es una característica fundamental de las denominadas economías de regalos.

— *Esfera Intermedia o de la Riqueza*, que implica ya a más gente. Las relaciones se convierten en públicas y afectan también a las familias de los individuos que comenzaron la relación. El nudo central de este nivel es el banquete, en el que una familia invita a la otra y compete por superar la invitación anterior de su rival.

— *Esfera Superior o de las Personas*, que representa el máximo grado de integración, pública y con implicación de los linajes completos, puesto que supone la creación de lazos de parentesco por el intercambio de mujeres. Las personas, en esta visión, actúan como los objetos en el engranaje económico y social pero son siempre el bien superior por excelencia y sólo en casos de extremos el intercambio no es recíproco: las personas sólo se intercambian por otras personas.

Paralelizando las conclusiones de Piot con el panorama de la Edad del Bronce europea podemos apreciar igualmente tres niveles de intercambio, cuyas características nos permitirían llegar a entender algunos fenómenos del registro arqueológico del Occidente de la Península Ibérica.

El modelo propuesto contempla tres niveles sucesivos de intercambio con caracteres muy diferentes, tanto en el contenido de lo intercambiado como en el contexto en que se realiza. En una primera aproximación podemos apreciar como mientras la esfera inferior corresponde al ámbito de la vida cotidiana, y por tanto a los sistemas de producción de la sociedad, las dos superiores son propias de comportamientos ritualizados, y por tanto de los sistemas de reproducción social.

Si observamos la figura 15, en cuyas esferas se han incluido los productos que podrían pertenecer a las mismas durante el Bronce Final en el Suroeste, podremos observar:

— Que en el nivel inferior representa el mismo tipo de intercambio cotidiano y «comercial» que en el modelo de Piot, involucrando fundamentalmente materias primas.

— En el nivel intermedio, si nos centramos en el registro arqueológico regional del Suroeste, los bienes de prestigio y riqueza asociados a esta época podrían considerarse el ganado, la sal y los objetos de bronce dentro de su ámbito normal de distribución, fuera del cual tendrían únicamente la consideración de materia prima y se negociarían en el primer nivel, por su valor primario (Renfrew, 1986b; Sherratt, e.p.). A partir de aquí el objeto puede haber sido fundido y utilizado nuevamente, como otro objeto, en un ámbito diferente.

El bronce, aparte de ser la forma de riqueza más fácil de reconocer en el registro arqueológico, es el ejemplo perfecto de la permutabilidad de los objetos en diferentes contextos por sus características de bien acumulable y convertible (Sherratt, e.p.), al igual que puede haber pasado con la sal, utilizada por muchas culturas como patrón de valor, y más entre pueblos con vocación ganadera (Hocquet, 1987), y asimismo el propio ganado.

A este segundo nivel corresponde igualmente la importancia del banquete y de la bebida, tanto como ritual social como por mostrar una de las formas más arraigadas de exposición pública de la riqueza. Si trasparamos este nivel a una perspectiva más amplia y al seno de sociedades jerarquizadas o en proceso de jerarquización, la visión que obtenemos se puede identificar con los festines competitivos, del tipo del *potlacht*, y con las amortizaciones y destrucciones intencionadas de riqueza, que tan características parecen ser el registro del Bronce Final en buena parte de Europa (Bradley, 1982 y 1990). La organización de estos banquetes competitivos implica una reordenación del trabajo de la unidad doméstica o a nivel mayor incluso de un grupo completo, que en determinadas condiciones crea jerarquías sociales que basan su poder en el control y redistribución de los productos logrados por esa reordenación del trabajo. Como un tanto dramáticamente indica Harris, una vez traspasado el umbral de la redistribución el proceso de jerar-

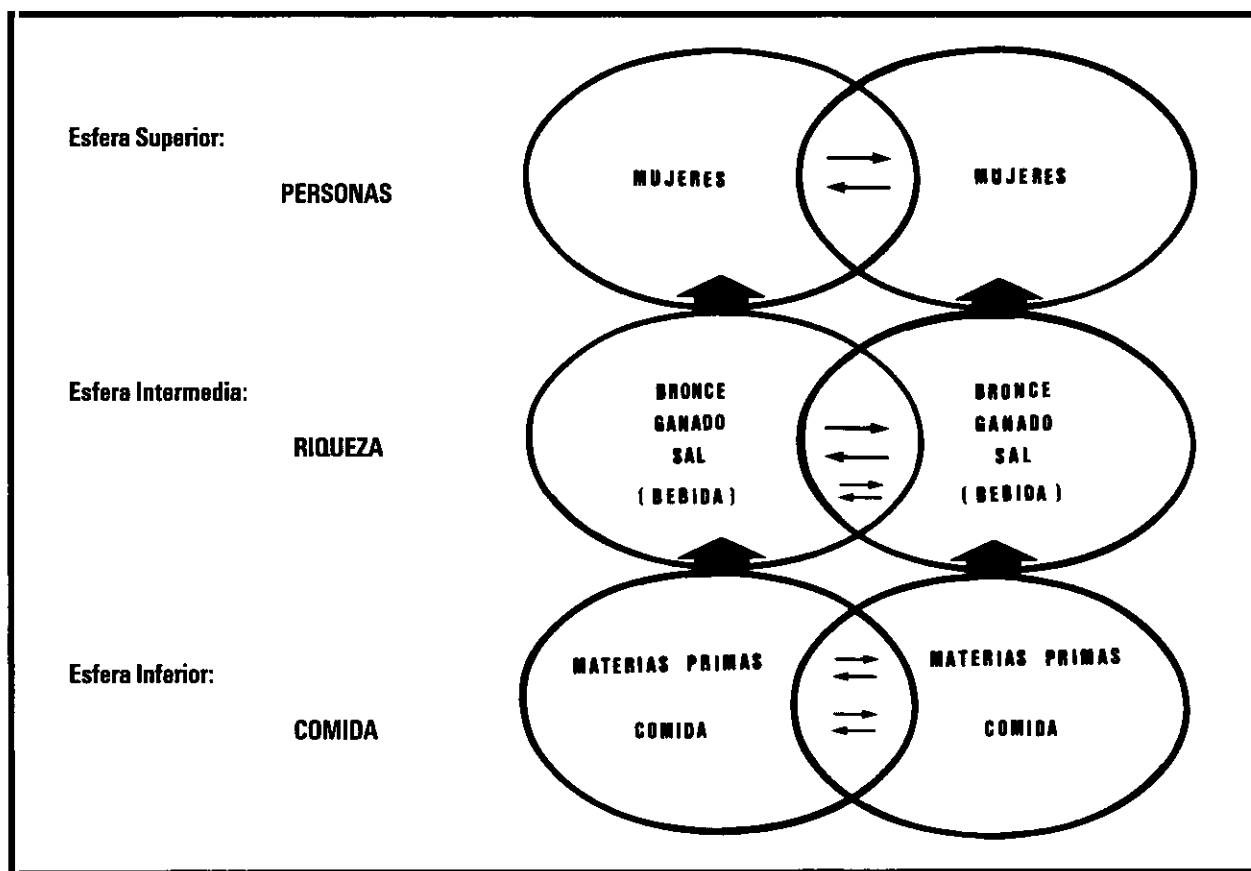


Fig. 15.—Esquema de funcionamiento de las esferas de intercambio (a partir de Piot, 1991).

quización social se hace prácticamente irreversible, y la tendencia de las élites a la diferenciación del resto de la sociedad se acentúa (Harris, 1989: 120).

A ese deseo de distinción y de demostración de la riqueza están haciendo referencia las estelas de guerrero del Suroeste, y posiblemente poco importa que los objetos sean de procedencia atlántica o mediterránea, sino el valor que tienen para aquéllos que las representan y para aquéllos que deben verlas.

— El nivel superior constituye el rango supremo de integración social entre familias, linajes y grupos completos de parentesco. Junto con las mujeres se mueven riqueza, en forma de dote (Goody, 1976; Meillassoux, 1977; Ruiz-Gálvez, 1992a) e ideas. A este nivel de intercambio social podrían estar haciendo referencia a las representaciones de las estelas diademadas, junto con los verosímiles objetos reales que compondrían la dote, quizás los abundantes tesoros áureos frecuentes en la región.

#### EL ATLANTICO Y EL MEDITERRANEO A FINES DE LA EDAD DE BRONCE

Estas perspectivas teóricas de estudio de las sociedades de la Edad del Bronce deben ponerse en relación

con lo que está pasando en estos momentos en ambos extremos del Mediterráneo y, particularmente, con la relación existente entre ellos.

Desde siempre, la teoría del origen oriental de muchos de los materiales representados en las estelas ha sido la que ha contado con mayor número de seguidores. Sin embargo, cabe realizar un intento de separar en tales hipótesis lo que pueden tener de reales y de artificiosas, en parte por estar basadas en paralelos con una cronología excesivamente amplia e incluso contradictoria.

La reciente polémica propiciada por la aparición de un asador de tipo atlántico en una tumba chipriota (Karageorgis/Lo Schiavo, 1989; Gómez, 1991; Ruiz-Gálvez, e.p.), pese a no ser el único testimonio en dicho sentido —recuérdese la espada de tipo itálico rescatada del precio de Ulu Burum en Turquía (Lo Schiavo, 1991; Burgess, 1991)—, y por la aparición de dos fragmentos de cerámica micénica en Montoro (Martín de la Cruz, 1988), al parecer seguidos de otros similares localizados en diferentes estratigrafías del Mediodía peninsular (Martín de la Cruz, 1992), han reavivado notablemente la discusión sobre las relaciones precoloniales y la posible existencia de un periodo proto-orientalizante, del que las estelas serían el más destacado exponente (Almagro Gorbea, 1989).

Desde mi punto de vista el problema no reside tanto

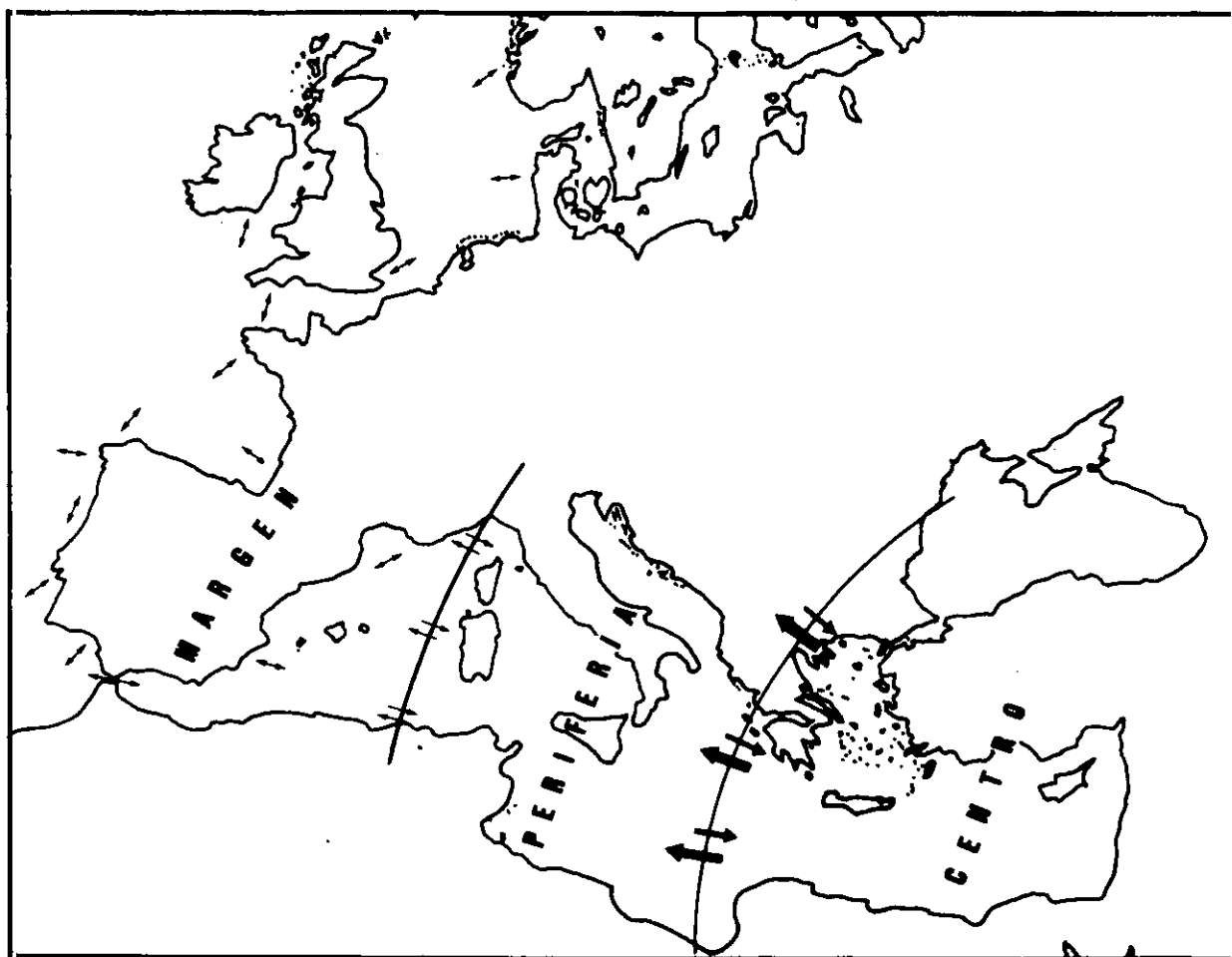


Fig. 16.—El modelo Centro-Periferia-Margen (según Sherratt, e.p. y Sherratt & Sherratt, 1993, modificado).

en la propia existencia de tales contactos, hoy sobradamente demostrados, sino en quienes fueron los agentes portadores de los objetos que hoy localizamos en zonas tan distantes de su dispersión original y en la caracterización del tipo de contactos que se pueden dar entre sociedades tan distintas como la mediterránea oriental, que ya ha entrado en la Edad del Hierro, y los grupos de fines de la Edad del Bronce europea.

En efecto, no parece que sea lo mismo que exista un comercio directo, por esporádico que fuera, entre Chipre, la costa del Levante Mediterráneo o el Egeo y la Península Ibérica, que tales relaciones se establezcan a través de un intermediario como pudiera ser Cerdeña, donde la presencia de elementos chipriotas está atestiguada ya desde el II Milenio a. C. (Lo Schiavo/MacNamara/Vagnetti, 1985) y durante el Bronce Final también con la Península Ibérica (Lo Schiavo, 1991). La intensidad de esos contactos debió ser de la suficiente magnitud como para que un taller metalúrgico que fundía tipos atlánticos se instalase en Crevillente, aun si su actividad se desarrollaba de forma estacional (González Prats, 1990; Ruiz-Gálvez, 1990 y e.p.).

En definitiva, parece lógico pensar que los primeros contactos precoloniales tuviesen lugar desde las islas del

Mediterráneo Occidental antes que directamente desde Oriente.

Sherratt (e.p.) ha sintetizado magníficamente esta visión en su proposición de adaptar el modelo Centro-Periferia usado generalmente para explicar la Edad del Hierro Europea a la Edad del Bronce. Su propuesta consiste en añadir al sistema un tercer miembro, convirtiéndolo en Centro-Periferia-Margen. Durante la Edad del Bronce Europa habría permanecido en el margen del sistema, cuya periferia sólo llegaría hasta Cerdeña (fig. 16).

Las partes constitutivas del modelo se caracterizarían como sigue:

1. El *Centro* es el emisor de toda una serie de elementos e ideas culturales y tecnológicas, básicamente creadas en su seno y que por tanto aparecen en este área perfectamente ensambladas y contextualizadas en su medio original.

2. La *Periferia* es el área de extracción de recursos por parte del Centro y donde el contacto directo con éste produce transformaciones estructurales de producción y organización social, económica y política, y naturalmente ideológica. Es la zona de aculturación y su des-

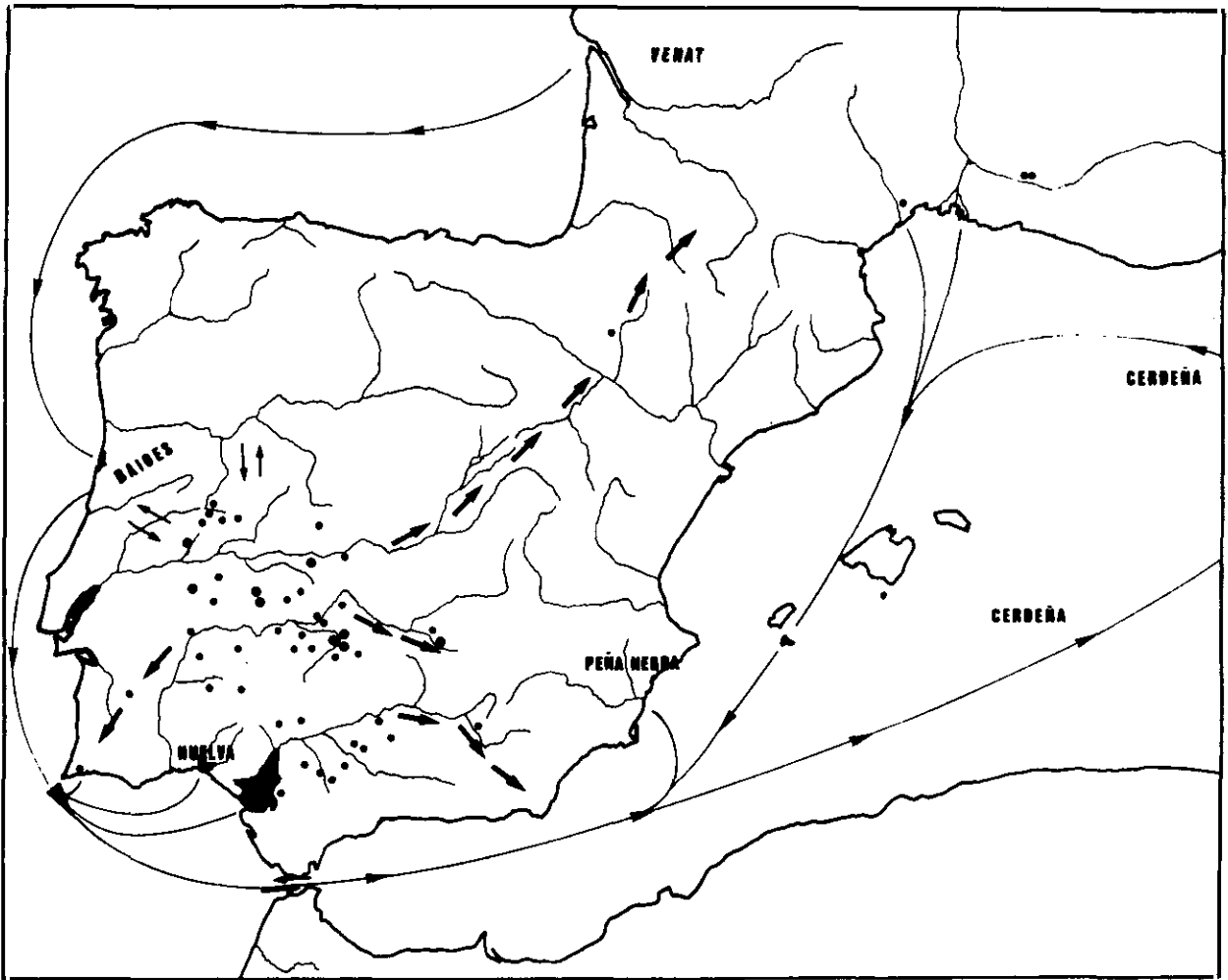


Fig. 17.—Las estelas dispersas y las vías del comercio regional a fines de la Edad del Bronce.

tino es ser absorbida paulatinamente por el Centro en la expansión del Sistema.

3. El *Margen*, que podíamos denominar periferia de la periferia, realiza únicamente una absorción selectiva de los elementos que le llegan, procedentes indistintamente del Centro o de la Periferia, o si se prefiere, elementos emanados del Centro pero matizados y filtrados por la Periferia. Esta absorción selectiva se realiza en función del nivel de organización interna de las comunidades «marginales» y no implica las transformaciones estructurales derivadas del contacto directo. Así los elementos de cultura material llegados al margen lo hacen escapando de las condiciones en que fueron creados y, por tanto, *su significación no es necesariamente la misma que tenían en su lugar de origen.*

Desarrollándose en buena medida al margen de los procesos que se vivían en el Mediterráneo, Europa, y en particular el Occidente europeo crearon respuestas sociales propias. La parte más significativa de las mismas fue la creación de un lenguaje común de consumición de la riqueza en el marco de *una corriente común de in-*

*tercambios* que interrelacionaba las élites locales de vastos territorios.

De las dimensiones que podían alcanzar estas redes da idea la dispersión de elementos de prestigio similares como el vaso campaniforme o los tipos de espadas del Bronce Final. Respecto a las estelas basta ver las distancias que los ejemplares dispersos alcanzan respecto al núcleo del Suroeste. No estamos en condiciones de explicar como se produjo el proceso por el cual hoy encontramos tres estelas en el Sureste de Francia (las de Buoux I y II en Provenza y la de Substantion en Herault) y otra más en Zaragoza (Luna). De hecho, incluso la presencia de varias estelas aisladas en el centro de la provincia de Ciudad Real y en el Sur de Portugal, si bien mucho más cerca, ya rompe con la coherencia geográfica que rige para el conjunto más numeroso de estas piezas (fig. 17).

En cualquier caso esta dispersión anómala debe estar en relación con la extensión de esas redes de intercambio en un momento de fuerte intensificación a todos los niveles. Podemos intuir, sin embargo, que a pesar de su similitud formal, su significado dentro de las comunida-

des en que se erigieron puede haber perdido parte de sus matices, aunque mantenga el sentido general de una representación en cierto modo heráldica de quien la erigió.

Claramente no todas las estelas dispersas pueden justificarse por la llegada de materiales atlánticos, pues en especial las francesas y la de Luna se encuentran territorialmente en ambientes de Campos de Urnas, donde tales materiales no tienen apenas aceptación. Sin embargo hemos de recordar que el significado del metal cambia con su ámbito de distribución y fuera del que le es propio sólo tiene valor como materia prima, es decir, como material refundible y convertible en nuevos objetos de diferente tipología (Bradley, 1985; Sherratt, e.p.). Es por ello que los escasos materiales de tipología atlántica que jalonan el camino desde el Suroeste hasta Zaragoza (Ruiz-Gálvez y Galán, 1991: 264 y fig. 4) pueden considerarse testimonio de un movimiento quizás mayor, que probablemente no estaba únicamente interesado en el comercio de metales.

El diferente valor de los objetos metálicos y de la metalurgia en sí misma es la otra gran diferencia entre el Atlántico y el Mediterráneo en este momento. Mientras en el segundo es una actividad llevada a cabo por artesanos al servicio de los gobernantes y los objetos metálicos tienen un uso práctico (Sherratt, e.p.), en el primer ámbito mencionado se trata de una actividad en la que no parece haberse trabajado todo el año, dado que con el metal no se fabrican principalmente útiles, sino objetos de prestigio cuyo destino suele ser acabar consumidos o amortizados en una demostración de riqueza (Bradley, 1982 y 1990). Las amplias evidencias de reciclaje de metal están sin duda en relación con las dificultades de abastecimiento, pero también con un constante circuito de fabricación-amortización-reutilización en un contexto diferente (Bradley, 1988).

Es quizás por ello que resulta más sorprendente la idea generalizada de que el comercio mediterráneo se interesa por el Extremo Occidente sobre todo por su riqueza minera y metalúrgica, cuando las evidencias de extracción a gran escala de minerales como la plata o el estaño no se producen hasta después de la llegada de los fenicios (Ruiz Mata, 1989).

En conclusión:

1. El Bronce Final supone en Europa un momento de gran intensificación a todos los niveles y en el que numerosos cambios empiezan a producirse.

2. Las comunidades del Bronce Final en buena parte de Europa muestran claros indicios de jerarquización social, aunque resulta difícil medir el grado alcanzado en cada región, aunque se puede sugerir, de una forma muy general, la existencia de jefaturas.

3. Una perspectiva económica actual no resulta adecuada para el estudio de estas sociedades, cuyo análisis parece mejor enfocado desde el punto de vista sustantivista.

4. El mundo europeo se mantuvo al margen del Mediterráneo, pero aceptando aquellas novedades que pudo adaptar a su estructura social y económica sin modificarla. De esta forma todo lo que significaba producción masiva fue rechazado, carente de sentido y utilidad en un mundo donde los objetos parecen tener otros valores más destacados que los funcionales.

5. Los objetos llegados desde el ámbito mediterráneo debieron hacerlo fuera de su contexto original, perdiendo parte, si no todo su valor ideológico de partida en la sucesión de eslabones de las redes indígenas de la periferia y el margen. Un valor común final sobrevivió y fue aceptado entre sus categorías de bienes de prestigio por los grupos del Occidente.

6. Como Sherratt (e.p.) expresa en un símil muy inglés, para Occidente en esa época los objetos de bronce y los tesoros áureos representan el equivalente a la «plata de la familia», constituyendo una *forma de riqueza de carácter personal y mobiliario* susceptible al menos de un doble uso:

— Por un lado en el teatro de la representación social son la imagen viva de la riqueza y prestigio, lo que es sinónimo de poder, de su propietario (y por extensión de su familia y linaje).

— Por otro constituyen una reserva de valor «en efectivo», por su capacidad de ser transformados en objetos diferentes según las necesidades del momento.

7. En definitiva, pocos datos indican todavía que una cierta forma de «Mediterranean way of life» se esté instalando durante el Bronce Final en el Occidente Europeo. Sin duda existen contactos, seguramente indirectos por ambas partes las más de las veces, pero el proceso cultural indígena no parece afectado por esos contactos hasta la presencia efectiva de los colonizadores fenicios en las costas peninsulares. Su llegada derrumbará rápidamente los sistemas de relación indígenas, y con ellos posiblemente las estelas como parte de los mismos, sustituyéndolos por nuevos valores y formas sociales y económicas.